



EL RINCÓN DE LOS MILAGROS

En un lugar de la parte vieja de un barrio popular, quizás en la parte trasera de una plazuela o en las cercanías de un mercado, hay una pequeña calleja. Es uno de esos sitios donde los gatos buscan en verano el frescor de la sombra y en invierno se resguardan del frío al amparo de las paredes. En una sencilla fachada coloreada por manos infantiles se abre una puerta a través de la que se accede una vida diferente.

Allí acuden a encontrarse, siempre que tienen ocasión, unos cuántos jóvenes que han elegido seguir un camino diferente al que marca el paso de las modas. Van porque allí han encontrado un significado nuevo a la amistad, más profundo, que la ha transformado en verdadera hermandad y que les hace sentirse unidos en lo bueno y en lo malo. Les atrae sentir que son ellos mismos los que trazan sus propios caminos. Les gusta saber que pueden soñar lo que les dé la real gana, y que el único límite para sus sueños son ellos mismos y sus ganas de pelear para conseguir cumplirlos.

No son los primeros ni serán los últimos que han gozado y gozarán de este néctar, que padecen esa especie de adicción en que se ha convertido estar juntos y convertir cada gesto en un Estilo, en un empeño loco y delicioso de buscar lo imposible justo donde puede hacerse realidad.

Y lo que buscan está en todo lo que hay a su alrededor, sólo necesitan mirar de la manera adecuada: dejando de lado lo sofisticado, lo artificioso, lo superficial, y acudiendo a la raíz misma de las cosas, a lo que se ha asentado tras milenios de evolución; al sabor siempre nuevo de lo tradicional, al misterio de las viejas historias. Sabrán encontrar en las palabras del poeta sentidos nuevos que él mismo era incapaz de imaginar al escribirlas y cuando vean fundirse el calor de las llamas en el azul del cielo sabrán que han creado algo nuevo y eterno.

En cada barrio, pueblo o ciudad hemos de conseguir que exista un rincón como ese. ¿O es que acaso hay alguien que no necesite esa luz?